

C. Virgil Gheorghiu

EL CRIMEN DE KYRALESSA



Con una maestría insuperable y un extraordinario vigor descriptivo, el autor recorre la campiña rumana deteniéndose en el pueblecillo de Kyralessa, típica aldea agrupada en torno a su vieja iglesia de madera y centro de inesperados y sorprendentes sucesos.

Un bandido casi legendario y su implacable perseguidor, el general Dracopol, imponen un ritmo desmesurado a la acción de esta novela, y los ecos populares de heroicidades y bajezas resuenan en la altiplanicie carpática. Es una fiel pintura de costumbres y una parte dramática de la Historia del país, de la lucha entablada entre el pueblo y sus caciques.

Por el autor de «La hora veinticinco».

CAPÍTULO PRIMERO

ORDEN A TODOS LOS CIUDADANOS DE CAPTURAR VIVO O MUERTO AL TERRIBLE BANDOLERO BOGOMIL Y LLEVAR SU CABEZA AL REY

Las diez de la mañana en el corazón de los inmensos bosques de abetos, en la vertiente oriental de los Cárpatos. El autocar, sin viajeros, se ha detenido en medio de la carretera general. En ambos lados no hay más que abetos, rocas, precipicios, torrentes y el silencio dominándolo todo. Un silencio tal que se infiltra en la medula como una sacudida eléctrica. Aquí se vive apartado del mundo, como en pleno océano. Corre el 29 de agosto, día en que toda la comarca celebra «la decapitación del venerable santo e ilustre profeta y precursor san Juan Bautista». La solemnidad se advierte profundamente grabada en los semblantes, en las miradas y en la postura de los habitantes del lugar. Todos ellos, cualquiera que sea su edad y condición, parecen sufrir en su propio cuello la decapitación del santo. Se trata de una fiesta tosca, austera, dura, que se celebra sin pan, sin agua, ni alimento alguno, en el ayuno total. No asoma sonrisa en los labios ni un destello de luz en las miradas. Los ojos carecen de brillo, como si las cabezas estuviesen seccionadas como la del profeta y precursor.

Ha llovido a cántaros toda la noche. El rayo, la tempestad, los torrentes, la violencia de los elementos, en suma, han ocasionado terribles estragos en la montaña. La carretera general está cortada a cada paso, obstruida por in-

menos bloques de piedra que el rayo ha desgajado de los picos rocosos y lanzado al valle; por abetos arrancados y postes telegráficos derribados.

De pronto aparece un lujoso automóvil negro, con un vistoso banderín en el guardabarros; en la enseña figuran cuatro estrellas. El vehículo se detiene a un centenar de metros del autocar, en el centro de la calzada. Una trompeta militar rasga el silencio y ordena la posición de «firmes». A lo largo de más de un kilómetro a ambos lados de la carretera se alinean oficiales y soldados con casco y bayoneta calada, inmóviles como los abetos. Infantes, artilleros y gendarmes forman en ordenada mescolanza.

No se trata de una parada militar. Si estas fuerzas están concentradas en pleno bosque es porque esta mañana, a las 7.45, el terrible bandolero Bogomil, que tiene aterrorizado el reino rumano desde hace siete años, acaba de asaltar de nuevo el autobús regular, apoderándose de once millones pertenecientes al Tesoro nacional.

Un brigada de gendarmes se apea del automóvil oficial. Es un hombre de baja estatura, rechoncho, de piernas arqueadas, cabeza cuadrada y dentadura postiza, de oro. Lleva el pecho cuajado de condecoraciones. Se le observa con curiosidad; todo el mundo lo conoce, incluso los niños de pecho y los animales, a fuerza de verle a menudo y en todas partes. Si ahora llama más la atención es porque viste uniforme de brigada. Normalmente suele ir de paisano, con la fusta en la mano y continuos juramentos en los labios. Es Haralamp Halipan, el siniestro administrador de los dominios del general Dracopol. Se le conoce en el lugar como «el perro de los dientes de oro». Es la persona más miserable y aborrecida. Hijo de un esclavo, hizo la guerra como ordenanza del general. Se cuenta que en el frente salvó la vida de su amo en un momento difícil. Con tal motivo fue ascendido a suboficial y recibió numerosas condecoraciones. Mas como Haralamp Halipan no sabe leer ni escribir y además no ha sido posible hacerle aprender el alfabeto, se

le concedió la licencia inmediatamente después del ascenso. En su cometido de administrador de los inmensos dominios del general Dracopol en Petrodava, Haralamp Halipan es asimismo criado, guardaespaldas, confidente y amigo del general. Para que todos se percatasen de su mejora de categoría, Halipan se hizo limar los dientes y colocar dentadura de oro, por lo que mantiene casi siempre los labios entreabiertos para que resalte su boca engastada de oro.

Hoy luce el uniforme por primera vez desde que acabó la guerra. Abre la portezuela del automóvil negro y desciende un anciano enjuto, de rasgos enérgicos y ojillos negros, suspicaces y amenazadores. Es el general Dracopol. Viste con extrema elegancia: lleva botas altas de charol, espuelas de plata maciza y uniforme de oficial de la guardia regia, guarnecido de innumerables insignias y ornamentos dorados. El general sujeta la fusta con ambas manos enguantadas; es del tamaño de un bastón de mariscal, con un pesado pomo de oro. Abandona el vehículo como un zorro su guarida, protegido por Haralamp Halipan, su amigo, guardaespaldas y esclavo, e inspecciona la carretera, los árboles y el cielo. Nada escapa a su mirada astuta y penetrante; bajo los ojos aparecen prominentes bolsas violáceas. Con atención extrema, el general valora, lanzando ojeadas rápidas como relámpagos, el número de soldados, su porte, su valor combativo. Su mirada parece atravesar los cuerpos, como si los perforase con una espada. Sus pupilas se detienen amenazadoras en el viejo autobús que continúa en el mismo lugar del suceso. El general sigue inmóvil y rígido junto a su vehículo. Sólo se mueven los ojos, atentos al menor detalle. Repara en el voluminoso tronco derribado por el bandolero en mitad de la carretera para detener el autocar. Cerca del abeto, próximos a la cuneta, los pasajeros están en posición de firmes, como los militares. Son once en total. Entre ellos están los dos soldados esposados que escoltaban el tesoro. No lejos de allí, junto

a los centinelas, otros individuos de paisano. Son los detectives, inspectores y comisarios.

—Que se acerquen los oficiales y los policías —ordena el general.

Él sigue estático junto a su esclavo y al automóvil; su voz es metálica y dura, como el sonido de la corneta al toque de diana. El eco de la montaña, impresionado también por la enérgica voz del elegante anciano, amplifica la orden repitiéndola a través del bosque. Un centenar de oficiales y policías salen de la formación y corren hacia el general, constituyendo un círculo en torno al automóvil. Una vez cuadrados, el general les habla en estos términos:

—Señores, he de comunicarles algo muy importante. El ataque a mano armada que ha tenido lugar esta mañana a las siete cuarenta y cinco es el último acto criminal que el bandolero Bogomil cometerá en nuestro país. Tengo orden del rey de capturarlo vivo o muerto y siempre he cumplido un mandato. A partir de hoy no se verán más autocares saqueados en plena carretera, como este que tienen ante sus ojos. Es un escándalo que deshonra a una nación civilizada como la nuestra. Lo repito: el bandolero Bogomil no aterrorizará en lo sucesivo las carreteras de nuestras bellas montañas. Virtualmente el bandido tiene la cuerda echada y no desde ahora, sino desde hace tres meses, cuando Su Majestad me ordenó que lo prendiese. Así pasó: el rey me llamó a palacio y lo encontré en su despacho, lleno de preocupaciones. Se incorporó y acercándose me miró fijamente a los ojos y me dijo: «General Dracopol, usted es el oficial más condecorado de mi Ejército». «Si lo soy es gracias a vuestra generosidad, señor», le respondí. «No, general Dracopol, sino por su heroísmo y espíritu de sacrificio», me dijo el rey. Y continuó: «Usted ha salvado muchas veces a la patria, general. Usted ha salvado a la patria y al trono en los campos de batalla, en los pueblos y ciudades, cuando las revueltas de campesinos, obreros y estudiantes. Usted ha sido y es actualmente el brazo derecho del rey. Y ahora el

rey le llama de nuevo; una vez más el rey le dice: General Dracopol, salve a la patria, libérela del enemigo público número uno. Capture al bandolero Bogomil y tráigame su cabeza. Este indeseable amilana nuestro reino desde hace siete años. Pero nuestra paciencia tiene un límite. Gran parte del dinero de las contribuciones, en lugar de llegar a las arcas del Tesoro público, es robado regularmente por Bogomil durante el traslado. El prestigio, la autoridad del trono y el Tesoro se desmoronan. Mis ministros han intentado por todos los medios su captura. Cada año han enviado miles de guardias en su persecución sin resultado alguno. Han utilizado incluso la aviación, con los mejores pilotos en apoyo de las operaciones. El bandolero se les escapa siempre. Cambiando de táctica, me he dignado ofrecer al bandolero la amnistía y el perdón real a condición del cese del pillaje en el país. Le ofrecí a ese maldito Bogomil no sólo mi perdón sino incluso una fuerte suma de dinero y una gran propiedad, para que se instale y viva tranquilo. Le prometí pasarle una pensión vitalicia equivalente a la que percibe un oficial. A cambio de tantas mercedes le pedí que no asaltase los trenes y los coches que transportan dinero del Estado. Le hemos pedido que dejase de acoquinar nuestro reino, que se sometiese a la ley, como el resto de los veinte millones de habitantes. Para inducirlo a aceptar esta oferta he extremado mi generosidad: he prometido ser testigo de su boda y padrino de sus hijos. Yo mismo he hecho este ofrecimiento al bandido por medio de edictos en las puertas de las alcaldías y escuelas, en los monumentos públicos e incluso en los árboles de punta a punta del país. Hice difundir mi ofrecimiento por radio, periódicos y octavillas lanzadas desde aviones. Bogomil no ha contestado a mis ofrecimientos. Continúa saqueando el reino y aterrorizando a los banqueros y a los funcionarios de Hacienda. Hace siete años que mantiene en vilo a las mejores unidades de policía. Exasperado por tanta obstinación, puse precio a su cabeza. Un millón. Y nada. Doblé y tripliqué la su-

ma. A pesar de ello, nadie me ha traído la cabeza de Bogomil. Convoqué entonces a mis ministros en consejo extraordinario y pedí su opinión. La Junta de Gobierno me propuso solicitar la colaboración de especialistas extranjeros para detener a Bogomil. Su elección recayó en cuatro países: Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos de América. Al advertir en mí cierta oposición, los ministros me hicieron notar que no era ningún deshonor hacer venir especialistas extranjeros, pues normalmente llamamos a técnicos de otros países para la explotación del oro, del petróleo o para la construcción de presas. ¿Quién va a extrañarse porque les llamemos ahora para resolver un problema delictivo? En realidad, si Occidente dispone de criminólogos mejores que los nuestros es porque también tiene más malhechores. Aquí no tenemos expertos en criminología porque nuestro índice de delincuencia es irrisorio. ¡Y ahora que tenemos un solo bandido en todo el reino no podemos detenerlo! Con esto no pretendo insinuar que seamos menos instruidos, menos civilizados o menos inteligentes que los occidentales. Yo, el rey, me avergüenzo de tener que recurrir a policías foráneos para detener a Bogomil. Me siento incapaz de revelar al mundo que mi reino, que cuenta con veinte millones de habitantes, que dispone de un Ejército ultramoderno y de una Policía científica, es incapaz de detener a un bandolero que actúa en solitario. Me humilla el pensar que es necesario llamar a extranjeros para detenerlo. Ya que si ignoramos todo acerca de Bogomil (su edad, el lugar de nacimiento, su origen, el color de sus ojos) en cambio sabemos con precisión que siempre opera solo. Y es ignominioso que un Ejército que posee tanques, Marina, Aviación, armas automáticas y brillantes oficiales diplomados en Occidente, esté en continua tensión y sea escarnecido por un bandolero, por un solo hombre, por Bogomil... desde hace siete años. Bogomil ha robado, según los últimos cálculos, una suma que equivale al presupuesto anual de todo mi reino. Esto tiene que acabar».

El general Dracopol hace una pausa en el punto culminante de su monólogo, al estilo de los viejos actores, para valorar el efecto producido por sus alegatos. Las palabras del general han impresionado vivamente al auditorio uniformado, que vibra de emoción. Cada oficial, cada soldado, recuerda que, según la tradición, todo rumano tiene «siete vidas en su pecho de bronce». Estos militares, reunidos en torno al general, están dispuestos a sacrificar sus siete vidas para aminorar las preocupaciones de su rey, sirviéndole en bandeja la cabeza de Bogomil. Exactamente como Herodes presentó a Salomé la cabeza de san Juan Bautista.

—Señores —prosigue el general—, el rey me dijo acto seguido: «General Dracopol, antes de pedir colaboración a especialistas extranjeros, lo que nos cubriría de oprobio a los ojos del mundo, he pensado en usted. Le he llamado para comunicarle lo siguiente: me consta que la captura de un bandolero no es misión de un general; a pesar de todo le ruego que preste este servicio a su país. Yo, su rey, le doy la orden de capturar vivo o muerto al bandolero Bogomil. Tráigame la cabeza de ese bandido. Aparte de su valor y de su espíritu militar, usted reúne, entre mis oficiales, unas determinadas condiciones: posee los vastos dominios de Kyralessa, en los Cárpatos, y tiene allí su castillo, conoce la región como su propia casa y es allí donde suele aparecer Bogomil. Casi toda aquella región le pertenece a usted, y por otra parte, el prefecto de la provincia es su primo y hermano de leche. Vaya allá. Prepare minuciosamente su plan de combate. Ponga las trampas que su experiencia militar aconseje, espere que surja el facineroso y captúrele. Vaya, general Dracopol, y siga mis instrucciones». Dicho esto, el rey me dio un abrazo y un largo apretón de manos. Éste es el motivo de que nos encontremos reunidos aquí.

El general Dracopol hizo una nueva pausa. El silencio del bosque de abetos semejava el silencio de un gigantesca catedral herbácea, austera y muda. Esta calma sobreco-

gedora aumenta aún más en los presentes el deseo de combatir y sacrificarse por su noble rey.

—Señores, todo está dispuesto para la captura de Bogomil. Mi plan de acción es tan minucioso como un reloj de alta precisión. La prueba está en que treinta y ocho minutos después del ataque al autocar, ustedes están aquí con caballos, coches, carros y camiones. Las fronteras del cantón se han cerrado automáticamente después del asalto. El bandolero está atrapado como en una jaula. Ni un pájaro puede atravesar la frontera. La Infantería, los rastreadores, la Caballería, el Cuerpo de Ingenieros, unidades de Policía, tropas especiales de Cazadores con sus sabuesos adiestrados rastrean palmo a palmo la región. Cada puente, cada árbol, cada terrón de tierra, cada gavilla de heno, cada casa, cada pozo, están siendo pasados por la criba. Estas operaciones se realizan bajo mis órdenes, a cargo de oficiales y tropas especialmente preparadas. El ataque de esta mañana lo esperaba desde hace tres meses. Por fin dio señales de vida el bandolero. No duden que pronto será capturado, tal vez antes de la noche o esta misma noche. Bogomil será capturado, y la cabeza del malvado será ofrecida al rey con estas palabras: «He aquí, Majestad, la cabeza de Bogomil. Vuestra orden ha sido cumplida».

CAPÍTULO II

BREVE RELATO DEL ATAQUE AL AUTOCAR

El general ha finalizado su discurso. Llama a un oficial y le pregunta:

—Capitán Pelhivan, ¿ha sido usted quien ha comunicado esta mañana el asalto al autocar?

—Sí, mi general.

El oficial se encuentra entre los demás, en el círculo que se ha formado en torno a Dracopol.

—Capitán, usted es el comandante de la gendarmería local. Es usted quien está encargado de la seguridad en los transportes del Tesoro, ¿verdad?

—Exacto, mi general —responde el oficial, enrojeciendo.

—Capitán, salga de la fila y acérquese.

El capitán Pelhivan viste uniforme de campaña, botas, casco, cinturón y pistola. Todos los oficiales llevan uniforme de guerra, a excepción del general Dracopol. El capitán, ruborizado, se siente como un colegial puesto en evidencia.

—Más cerca, capitán, junto a mí. Y hable, por favor, en voz alta. Que le oigan y le vean sus camaradas.

—Sí, mi general.

Se sitúa al lado del elegante general Dracopol. Todo el mundo teme al general. Su categoría militar impide que nadie más que él pueda nunca tener razón.

El lugar donde ha sido atacado el autocar está rodeado por densos bosques; el aire es puro, con un aroma que huele a pinos, tan fuerte como el alcohol. A pesar de esto, por encima del autocar, del coche y del grupo de oficiales, flota un olor dulzón, mezcla de tabaco, cuero, armas, caballos y desinfectante, propio de la gente de armas.

—Capitán Pelhivan, háganos rápidamente un breve y conciso relato sobre el desarrollo de los hechos. Sin omitir ni añadir nada, y desde el principio, minuto a minuto. Sea preciso, claro y escueto, matemático. No hay nada que se parezca tanto a las matemáticas como el arte militar. Empezar.

—A las cuatro de la madrugada me despertó el telegrafista de servicio —comenzó el capitán.

—¿Dónde estaba usted a las cuatro de la mañana cuando el telegrafista le despertó?

—En casa, mi general.

—¿Usted duerme en el cuartel, capitán?

—No, mi general. Estoy casado. Tengo casa en el pueblo.

—Está escrito en la Biblia, en el Deuteronomio, que el militar que compre una casa debe abandonar el Ejército. Estoy seguro, capitán, de que si usted hubiera dormido en el cuartel, como corresponde a un oficial, le hubiera resultado más difícil al bandolero robar los millones del Estado. Pero eso ya lo discutiremos a su tiempo. Prosiga.

—No he adquirido ninguna casa, mi general. Aquella en que vivo pertenece a mi mujer que la heredó de sus padres... Por otra parte, no hay ninguna relación entre la propiedad de mi casa y el ataque al autocar.

—¡Volvamos a los hechos, capitán! Dejemos el resto para más tarde. Decía usted que le llamó el telegrafista de servicio...

—A las cuatro y cuatro minutos exactamente llegó el telegrafista con un telegrama cifrado, remitido por el Departamento de Seguridad Militar. Descifré el mensaje al mo-

mento. Era la orden de envío del cofre blindado de Hacienda en el autocar de las seis. Me vestí, salí, subí a la moto del telegrafista y nos dirigimos al cuartel. En aquel momento había cesado de llover.

—¿Despertó usted a su mujer antes de salir de casa, capitán?

—No, mi general. Ya estaba despierta. Fue ella quien abrió la puerta al telegrafista.

—¿Comunicó usted a su mujer la causa de su partida?

—No, mi general. Ella no me lo preguntó; sólo lo hace cuando no está segura de que se trate de un acto de servicio, pero esta mañana no tenía la menor duda de que así era. Volvió a dormirse antes de que yo saliese de casa, sin pedirme explicaciones. Al llegar al cuartel tomé la llave del cofre del Tesoro. Subí de nuevo en la motocicleta y nos dirigimos al Banco. Desperté al director, Moisés. Debían ser las cinco menos veinte o las cinco menos cuarto.

El capitán Pelhivan dirige la mirada a un hombre vestido de paisano, de baja estatura, grueso, sin afeitado, con el rostro lleno de pecas, que se encuentra entre los policías. Es Itzig Moisés, director del Banco de Petrodava.

—Exacto, mi general —afirma el funcionario—. Eran alrededor de las cinco menos cuarto cuando el capitán me despertó.

El director del Banco es un hombre extremadamente nervioso, poco acostumbrado a los interrogatorios militares.

—A usted, señor director, ¿no le sorprendió que el capitán de la gendarmería viniese a despertarle en plena noche? —inquirió el general.

—No. Esto sucede cada vez que se envía una suma importante, ya que, por razones de seguridad, no se da la orden de transporte hasta dos o tres horas antes de la salida.

—¿Es siempre el capitán Pelhivan quien le despierta?

—Esta misión incumbe al comandante de puesto de la gendarmería local. Nunca a otro. He de precisar que el co-

fre del Tesoro sólo puede ser abierto por dos llaves diferentes, introducidas al mismo tiempo en la cerradura. Una de esas llaves está en la caja fuerte del comandante de la gendarmería local y la otra en la caja fuerte del director del Banco. Ni uno ni otro pueden abrir el cofre sólo con su llave; tiene que hacerse con ambas, haciéndolas girar al mismo tiempo.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —preguntó el general Dracopol.

—Sí, mi general.

—Continúe, capitán Pelhivan.

—Desperté, pues, a Itzig Moisés. Cogió su batín y bajamos al despacho del Banco. Moisés vive en el primer piso del edificio. Entramos juntos en la cámara acorazada. Abrió la caja fuerte donde estaba el dinero que había que trasladar. Yo observaba. Todo estaba preparado. En primer lugar, Itzig Moisés cogió de la caja fuerte unos paquetes envueltos en papel azul y los depositó en el cofre. Después colocó los paquetes envueltos en papel amarillo. Eran billetes de mil. Luego metió en el cofre treinta y dos sacos de piel de gamuza, que contenían moneda fraccionaria. La operación duró un poco más de quince minutos, incluida la comprobación. Sobre los sacos depositamos los documentos, en seis copias, firmados por el director del Banco y por mí, y finalmente cerramos el cofre, a doble llave, con dos vueltas y simultáneamente.

—¿Fue, pues, el director del Banco quien llenó el cofre? —pregunta el general.

—Con sus propias manos y en mi presencia, mi general.

—¿Estaban ustedes solos? ¿No les acompañaba nadie?

—Estábamos solos, mi general.

—¿Y el telegrafista...? ¿Dónde estaba?

—Cuando llegué al Banco envié al telegrafista a que despertara a dos soldados, Filemón Ion y Nicolás Otava, los mejores que tengo en la Compañía. Ordené que se equiparan con armamento y munición para escoltar el cofre hasta

el autocar. Una vez el cofre asegurado, esperamos unos quince minutos a que llegaran los soldados. Una vez presentes, los puse de centinela en la puerta de la cámara acorazada. Me dirigí a la posada de los hermanos Dombrova donde está situada la parada del autocar. Los pasajeros esperaban. Nueve personas en total. Comprobé su identidad. Subí al autocar. Lo hice parar delante del Banco, ordené colocar la caja en el último asiento y los dos soldados de escolta se sentaron uno a cada lado. Acto seguido di la señal de partida. Como no faltaba ningún pasajero, no había motivo para esperar hasta las seis. Todos sabían que la carretera estaba en muy mal estado y que sin duda iban a llegar con retraso. Cuando el autocar hubo emprendido la marcha volví a casa para asearme. Seguidamente me dirigí al cuartel. Por el camino encontré al telegrafista de la moto que venía a anunciarme que el autocar había sido atacado en «la Cruz de Kyralessa». Lo habían saqueado, apoderándose de los once millones. Corrí al teléfono y llamé al Departamento de alarma y persecución. Comunicqué los hechos por teléfono. Después fui en busca del director del Banco y nos dirigimos hacia aquí. Los puestos de vigilancia, las patrullas y los servicios de inspección han funcionado a conciencia... Por desdicha, los once millones han desaparecido. Eso es todo, mi general...

El capitán vaciló.

—¿Iba a decir algo más? Hable —ordenó el general—. ¿Por qué se detiene?

—Quería resaltar que una vez aquí pensé que los millones estarían aún en el cofre, puesto que continuaba cerrado y sin señal de violencia. Itzig Moisés y yo lo abrimos con nuestras llaves accionándolas a la vez. Y el cofre estaba vacío. Hay algo que nos tiene vivamente intrigados.

—¿Verificó de nuevo la identidad de los pasajeros?

—Sí, mi general. Había once personas en el momento de producirse el saqueo; entre ellas los dos soldados, una mujer y una niña. Todos los viajeros son gente conocida.